

Patricia Suárez
rata paseandera



III 18

bajo la luna nueva



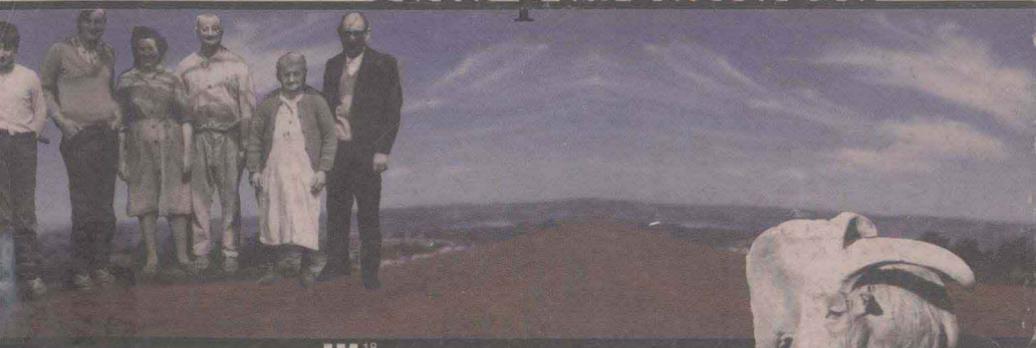
Rata paseandera
se terminó de imprimir
durante el mes de noviembre de 1998
en nuestro taller, Santiago 463,
Rosario, Argentina.

Indice

Rata paseandera	9
Carta	49
Otrebor	61
Eucaliptus muertos y quemados por el rayo	113

江苏工业学院图书馆
藏书章

Patricia Suárez
rata paseandera



118

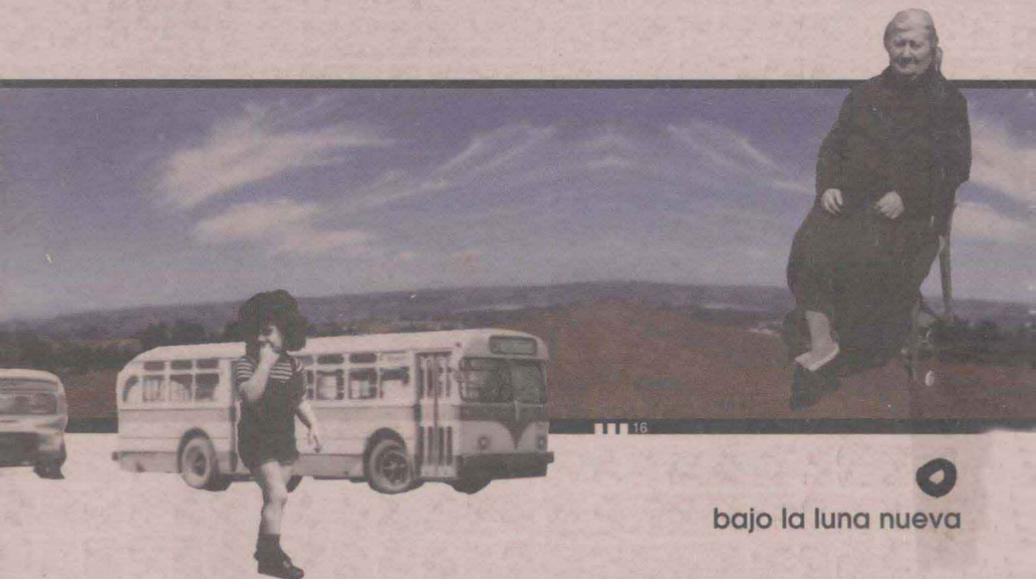
bajo la luna nueva



El Dr. Maidana es un médico psiquiatra. Una mujer, que quisiera llamarse Mara, le cuida la casa y mientras la cuida habla, cuenta que lo hace porque es "la única paciente que él había dejado con algo de cordura". Tiene la lucidez del sufrimiento y la soledad, y eso le permite tajar la supuesta sabiduría médica (en realidad ignorancia y Poder), o la supuesta bondad de las enfermeras (en realidad sordidez y también poder). Decidida a partir, los trozos de vidrio de un frasco roto parecen indicar que nunca podrá alcanzar el tren de las siete cero cinco, cargado de cebada.

El trayecto puramente mental, verbal, alcanza sin embargo para producir uno de los grandes textos de la narrativa argentina reciente. *Rata paseandera* confirma el sentido del ritmo, el vuelo poético y el detallismo inesperado y genial ya demostrado por Patricia Suárez en *Aparte del principio de la realidad*.

Elvio E. Gandolfo.



bajo la luna nueva

Rata Paseandera

Rata Paseandera

Patricia Suárez

bajo la luna nueva

Este libro fue publicado mediante un subsidio
a la creación de la *Fundación Antorchas*,
concurso 1997 de becas y subsidios para las artes

Diseño: Miguel Balaguer y Valentina Rebasá

© Patricia Suárez, 1998

© **bajo la luna nueva**, 1998

Rosario, Buenos Aires

Domicilio postal: Santiago 463, 2000, Rosario

Email: bajolaluna@tower.com.ar

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

I.S.B.N.: 987-9108-03-5

Impreso en Argentina

*Para Hebe Uhart,
y Enrique Butti*

Rata Paseandera

*"Yo quiero ser la única
que camine en el sol".*

Cyndi Lauper

ERA BUENO ESTAR EN LA CASA DEL DR. MAIDANA.
Ignoraba, o si no lo ignoraba era como si lo ignorase,
por qué me había elegido justo a mí para quedarme
en su casa, pero esas cosas pasan, a veces pasan,
y es bueno. Estaba sola con un perro ovejero
y un ciruelo blanco, y debía cuidar que el perro
no pasara hambre ni sed, y regar al ciruelo blanco.
El perro comía polenta con leche y alimento para
perros. No sé si el alimento era de su gusto o no,
pero el perro no demostraba el menor entusiasmo
cuando veía la comida. Usaba una mirada bovina,
cuando yo lo llamaba, una verdadera y fastidiosa
mirada de vaca, me ponía. El ciruelo tampoco lo

plum tree

sheep dog

inmate
to

lousy, full of
vice

pasaba mejor. Estaba empiojado, y el perro lo orinaba de tanto en tanto. No me supieron decir, los Maidana no me supieron decir, en cuál mes florecía el ciruelo, daba la sensación de que no había florecido nunca. ¿Y los frutos?, pregunté yo, y ellos, los Maidana, se encogieron de hombros. Estas y otras cosas les pregunté antes de que se fueran de viaje, y después les deseé, les grité, ¡Felices vacaciones!, y la señora del Dr. Maidana repitió el gesto que hizo cuando lo del ciruelo, se encogió de hombros, ella parecía decir, repetir, ¿Felices vacaciones? ¡Ja! Yo no me inmuté, ya me enteraría yo cuando florecía el ciruelo, y entré en la casa, y me puse un short que encontré tirado por ahí. Todo semejaba estar muy ordenado en la casa del Dr. Maidana, pero, es difícil de explicar, a su vez, todo estaba tirado por ahí. Como si la casa vistiera la máscara del orden, se disfrazara. Sin embargo, yo estaba cómoda en la casa del Dr. Maidana, tanto, que al principio iba a invitar a mis amigos, a Prisco y su novio, a hacerme compañía, y después no invité a nadie. Solamente, me llamaba, desde muy lejos, un hombre, por teléfono; desde otro país, y yo no le decía nada. Hubiera querido preguntarle qué estaba leyendo, cuáles libros estaba leyendo y qué opinaba de ellos, pero no quería que gastase en la comunicación, que gastase su dinero llamán-

preguntar -
to hit, strike
beat

inmutarse
to show
emotion

resemble

to waste

dome a mí. Así que este hombre me hablaba por teléfono desde muy lejos, desde otro país, y yo no le decía nada.

No invité a Prisco ni a su novio, porque temía que se instalaran: suelen pegárseme como la ladilla. Además, su novio, el novio de Prisco, me mira con sus ojos grandes, de arañas; yo odio que me mire así. Lo tengo estudiado: los ojos van a ir creciéndole, hasta llegar a ser casi tan grandes como su cabeza, que también es grande: es todo un monstruo el novio de Prisco. Temía que vinieran y se me pegaran, y me volvieran los dolores de cabeza, los terribles, inauditos dolores de cabeza. Los dolores que vanamente trató de curar el Dr. Maidana. Encima, Prisco y su novio tienen la obsesión de cocinar. De cocinar con sofisticación. Por ejemplo, le ponen champiñones a todo. A todo lo que hacen, al arroz, a los fideos, a la pizza. Cortan, pican el champiñón y lo echan sobre cualquier comida, cualquiera, como si los champiñones fueran maná del cielo. Creen que son aristocráticos los champiñones. No los soporto. De sólo pensar, imaginarme, un huérfano y gordo hongo blanco flotando a la deriva en una salsa, me entran dolores de cabeza. Lo único que yo tenía que hacer, era regar el ciruelo y cuidar que no feneciera el perro, para ello no necesitaba ni a Prisco ni a su novio.

to be in the habit of

orphan

DRIFT

to die, to finish

Claro está que había otros detalles pequeños, que cuidar en la casa del Dr. Maidana. Que los muebles no se marcaran con los aros dejados por vasos y tazas, que los relojes a cuerda siguieran marchando, que se contestara el teléfono, que se le hablara al perro, o sea, que yo le dijera diariamente algunas palabras al perro, para que el perro no se sintiera tan solo. Eso no lo hice. Hasta los Maidana tenían ideas descabelladas. Si al menos el perro fuera capaz de contestarme... ¿pero cómo iba a consolarlo yo, justamente? Yo, que tengo ganas de cambiar mi nombre por el de Mara. Mara, que significa amargura. Exactamente como hizo la suegra de Rut, en la Biblia, cambió de Noemí a Mara, porque Mara significa amargura. De modo que no le dirigía al perro ni una palabra. Los primeros días lo llamaba, ¡A comer!, y el perro no venía. Después dejé de llamarlo.

Lo único que yo hacía en casa del Dr. Maidana, era estar tirada, tomando bebida de gusto a cola. Horrendas bebidas con gusto a cola que no hubiera tomado, que jamás hubiera tomado, si no hubiera hecho un calor sofocante en la casa del Dr. Maidana, un calor tal, que no se podía sino estar tirado y beber horrendas bebidas con gusto a cola. Daba cuerda al reloj Jaccard Frères de siete rubíes, y me tiraba a tomar la bebida de gusto a cola. Oía

5 ref, bitterness

el tic tac marchar, y me gustaba. Parecía que nada podría perturbarlo en el curso de su existencia. Era como un monje zen el Jaccard Frères de siete rubíes, con su inexorable tic tac; sencillamente como un monje zen. Había sonidos deliciosos en la casa del Dr. Maidana. La cisterna, por ejemplo. O las chicharras. Una en especial, tal vez fuera el chillido de una hembra o un macho en celo, que chillara igual que un motor, una usina miniatúresca, y hacia el final, el chillido se agudizaba y se volvía semejante al pito de una fábrica pastoreando a sus obreros. Y el tren, por supuesto. El tren pasaba al atardecer, a las siete cero cinco, precisamente. Hacía vibrar la casa. La casa vibraba, y el perro del Dr. Maidana, el ovejero, lanzaba un aullido desgarrador y se revolcaba por el piso, al paso del tren. Pasaba sólo un tren carguero que cargaba cereal. Iba hacia el Norte. Trenes de pasajeros no pasaban más. Ya en aquella época no había más. Me preguntaba por qué el Dr. Maidana había comprado una casa tan cerca de las vías del ferrocarril. Era como si el Dr. Maidana temiera llegar a tener ganas de fugarse de un día para el otro, y por eso necesitara la cercana seguridad del tren. Había algo así, en la casa del Dr. Maidana. No en la casa específicamente, no en los contrafuertes ni en las arbotantes ni en el rosetón de la fachada que le otor-

uma

similar,
like

whistle,
ejavette

to escape, flee

shriek,
scream

zeal,
ardor
(sexual)

gaba a la casa el inequívoco aspecto de una catedral, sino en, cómo llamarlo, había algo así de asfixia y fuga alternativa en el hogar del Dr. Maidana. Eso es: en el hogar. Se presentía, estaba en el aire que se agarrotaba en los rincones donde imperaba una sola araña de patas largas, o en la furia con que el mamboretá saltaba sobre las marchitas hortensias que decoraban el comedor. Había, en esa casa, ese hogar, cierto apego a las flores a punto de morir. Pululaban por toda la casa, en jarrones, canastos, cestitas. Si uno aspiraba muy fuerte, se tragaba el polen de las flores a medio podrir. Las cortaba del jardín y las disponía, la señora del Dr. Maidana. Yo no la ví más que una vez, y fue suficiente para darme cuenta que era bastante rara la Sra. Maidana, Dalia Maidana. Tenía eso que tienen todos ellos, un ansia canina, una desesperación por escarbar y escarbar, esconder el hueso y escapar. Yo trataba, mientras estuve en la casa, de no pensar demasiado en la Sra. Maidana. Me aterraba la idea de que el dolor de cabeza pudiera surgir de la nada, y oprimirme. En verdad, el dolor de cabeza me aparecía cuando pensaba, ya se lo había dicho al Dr. Maidana. No porque pensara en cosas serias como la filosofía, sino en cuestiones sencillas, cotidianas. El dolor de cabeza se comportaba conmigo igual que si él fuera una anacon-

to se le
sharp

swarm,
multiply
rapidly

baskets

pollen

to go into,
investigate,
to dig out,
escape

just